

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS — 1 DE NOVIEMBRE

Una multitud que nadie puede contar: santidad, bienaventuranzas y comunión — Ap 7,2-4.9-14 · Sal 23 · 1 Jn 3,1-3 · Mt 5,1-12a

La solemnidad de Todos los Santos celebra "el misterio de esa multitud innumerable de personas que ya gozan de Dios y siguen en comunión con nosotros". Es una fiesta de alegría y optimismo que ha calado hondo en la sensibilidad del pueblo de Dios, unida al recuerdo de los difuntos el día siguiente; el introito clásico, el *Gaudeamus*, la expresa: "alegrémonos todos en el Señor". Como ambientación, se sugiere leer el Catecismo sobre la comunión de los santos (CCE 946-962). (Este año la solemnidad cae en domingo y desplaza al Domingo 31 del Tiempo Ordinario; sus lecturas son las mismas cada año.)

Apocalipsis 7,2-4.9-14 Juan oye primero el número de los sellados, 144.000, símbolo de plenitud ($12 \times 12 \times 1000$: las doce tribus de Israel llevadas a su colmo), y ve después "una muchedumbre inmensa que nadie podía contar", "de toda nación, raza, pueblo y lengua", de pie ante el trono de Dios y del Cordero, con vestiduras blancas y palmas en las manos, que cantan con voz potente. Tienen una historia: "son los que vienen de la gran tribulación"¹. Se unen a los ángeles, los ancianos y los cuatro vivientes en la adoración.

El salmo señala el camino: "estos son los que buscan al Señor", porque suben a su monte "el hombre de manos inocentes y puro corazón" (Sal 23).

1 Juan 3,1-3 une la idea más repetida de las cartas de Juan —somos hijos de Dios, objeto de su amor de Padre— con la del destino en la salvación definitiva. Lo presente ya es gozoso, pero lo mejor está por llegar: "ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos"; cuando él se manifieste, "seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es".

Mateo 5,1-12a abre el sermón de la montaña con las bienaventuranzas. El mejor camino hacia la felicidad definitiva, el que han seguido los santos de todos los tiempos, y felices: los pobres, los que sufren, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz y los perseguidos. Hay una "novena bienaventuranza", en segunda persona ("dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan"), mientras las ocho anteriores están en tercera.

El fundamento hermenéutico que ordena la propuesta tiene tres piezas.

La primera es la comunión de los santos: los bienaventurados del cielo y la Iglesia peregrina forman una sola familia, de modo que los santos son a la vez hermanos, modelos e intercesores.

La segunda es que los santos no son héroes de otro planeta: vivieron en este mundo, en tiempos tan difíciles o más que los nuestros, con las mismas dificultades y tentaciones, y realizaron en su vida el proyecto de Cristo, las bienaventuranzas².

¹ La **tribulación** es una congoja, una pena, un tormento moral o una adversidad profunda que padece una persona.

Definición general: Representa un sufrimiento interior, una angustia intensa o una racha de dificultades y desgracias en la vida.

Etimología: Proviene del latín *tribulatio*, derivado de *tribulum*, que era un instrumento pesado con piedras o cuchillas que se pasaba sobre el trigo para tritarlo y separar el grano de la paja. Metafóricamente, la persona en tribulación se siente "molida" o "machacada" por las circunstancias.

Sinónimos principales: Aflicción, angustia, tormento, desdicha, calamidad, infortunio y penalidad.

Prueba espiritual: En la teología, las tribulaciones son vistas como momentos difíciles permitidos para refinar el carácter o la fe del creyente, comparadas con el fuego que purifica el oro.

La Gran Tribulación: En la escatología cristiana (basada en textos como el Evangelio de Mateo o el Apocalipsis), se refiere a un período futuro o histórico de severa angustia, juicio y persecución religiosa que antecede al fin de los tiempos o a la intervención divina

² Proviene del latín *beatitudo*, que significa «felicidad» o «bendición», y traduce del griego *makarios*, que denota un gozo profundo, espiritual y un favor divino

La tercera es la tensión entre el "ya" y el "todavía no": ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos se manifestará al final, cuando veamos a Dios tal cual es.

Algunos aspectos que aparecen

- La multitud innumerable de los salvados, de toda nación, raza, pueblo y lengua, y su alabanza ante el trono y el Cordero.
- La comunión de los santos: hermanos, modelos e intercesores de la Iglesia peregrina.
- La santidad como llamada universal: papas y niños, mártires, laicos, madres de familia, enfermos, desconocidos.
- Las bienaventuranzas como camino y como retrato de la vida cristiana.
- La filiación divina presente y la visión de Dios futura: "seremos semejantes a él".
- La santidad como regalo del Espíritu y estímulo en un mundo con pocos modelos de vida coherente.
- La dimensión ética y social de las bienaventuranzas y su promesa de felicidad (notas finales).
- La liturgia —prefacio, Eucaristía, plegarias— como expresión de la comunión de los santos.

Algunos matices teológicos

La visión del Apocalipsis: tribulación, Cordero y alabanza

El 144.000 es simbólico y no un cupo: Juan oye un número y ve una multitud que nadie puede contar, de modo que el simbolismo se abre a lo universal. Los salvados "vienen de la gran tribulación": no son seres de otro planeta sino personas que vivieron tiempos difíciles, con fe sufrida y humilde. La lectura litúrgica llega hasta 7,14 e incluye una frase: han lavado sus mantos y los han blanqueado "en la sangre del Cordero". Esa paradoja —la sangre que blanquea— dice que la santidad es participación en la Pascua de Cristo y no logro propio; por eso el canto de los salvados atribuye a Dios y al Cordero la victoria (la palabra griega, *sōtería*³, significa a la vez salvación y victoria).

Comunión de los santos, intercesión y culto

La comunión de los santos es "la unión misteriosa" entre la Iglesia del cielo y la peregrina en la tierra. En la liturgia: en el "Yo confieso", en la plegaria por los difuntos que pide que salgan a su encuentro los ángeles y los santos, y sobre todo en la Plegaria Eucarística, donde se venera la memoria de María y de todos los santos "por sus méritos y oraciones" (Plegaria I). Los santos son así "nuestros hermanos", "los mejores hijos de la Iglesia", "ejemplo y ayuda para nuestra debilidad" (prefacio). La enseñanza católica precisa que su intercesión no es una mediación paralela sino participada: Cristo es el único mediador (1 Tim 2,5) y los santos interceden en él y por él (Lumen gentium 49-50; CCE 956 y 2683).

La llamada universal a la santidad

Se subraya que se celebra a todos los santos y no solo a los canonizados: pocos constan en el Martirologio, menos aún en el Calendario litúrgico, y muchísimos más están "en la lista de Dios". La mayoría es desconocida, con "una fe sufrida y humilde", y entre ellos hay "seguramente" familiares y conocidos, todos los fieles, de cualquier condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana (Lumen gentium 40) y con la imagen de los "santos de la puerta de al lado" (Gaudete et exultate 6-9); la canonización no "hace" santos sino que reconoce a algunos y los propone como modelos e intercesores (CCE 828). Los santos son "el mejor éxito de Cristo", "el mejor fruto de su Pascua" y "un regalo del Espíritu", y devuelven la confianza en el género humano y en la Iglesia.

Las bienaventuranzas: don, camino y retrato

Como "el proyecto de vida de Cristo" y camino de los santos: humildad, pobreza, apertura a Dios, búsqueda de la verdad y la justicia, pureza de corazón, misericordia, trabajo por la paz, entereza ante las tentaciones. La palabra griega

³ *sōtería* (σωτηρία) significa «salvación», «liberación», «preservación» o «seguridad».

Etimología: Proviene del verbo σωζειν (sozein, «salvar»), derivado del adjetivo σῶς (sos, «sano», «intacto» o «completo»).

En la Biblia griega (Septuaginta y Nuevo Testamento), *Soteria* (σωτηρία) se utiliza para referirse a la liberación divina, el rescate frente a enemigos o la salvación espiritual completa.

Uso clásico: En la Antigua Grecia, designaba el regreso salvo a casa tras un viaje, la protección frente al peligro o la buena salud corporal (en papiros solía usarse como sinónimo de bienestar físico).

Mitología: En la religión griega, *Soteria* era la diosa menor o daimon que personificaba la salvación, la liberación y el bienestar, asociada a menudo con manantiales curativos y utilizada como epíteto de deidades como Artemisa o Perséfone.

makários⁴ declara dichosos a quienes Dios acoge; es una proclamación antes que un mandato, y tiene el Reino como fundamento ("de ellos es el Reino"; los verbos en futuro son pasivos divinos: "serán consolados", "serán saciados"). La tradición las ha leído como retrato de Cristo y como "carnet de identidad del cristiano" (CCE 1716-1717; Gaudete et exsultate 63), y Mateo las sitúa al comienzo de un sermón que presupone el Reino ya cercano (Mt 4,17). El eco con la primera lectura y el salmo es evidente: los "limpios de corazón" verán a Dios (Mt 5,8), como los de "manos inocentes y puro corazón" suben al monte del Señor (Sal 23,4), y "se purifica" quien espera ver al Hijo "tal cual es" (1 Jn 3,2-3).

Ya y todavía no: filiación y visión de Dios (1 Jn 3)

"Ahora somos hijos de Dios": la filiación es presente y es don del amor del Padre. Lo que seremos aún no se manifiesta; cuando él se manifieste, "seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es". La Iglesia ha entendido esa visión como la bienaventuranza del cielo, el "cara a cara" con Dios (CCE 1023; Benedicto XII, Benedictus Deus, 1336). La lectura incluye además el v. 3: "todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro". La esperanza del cielo no es evasión sino dinámica de purificación, y conecta con los "limpios de corazón".

Ética, felicidad y sociedad

- Se puede leer las bienaventuranzas como un proyecto de vida válido para todos los seres humanos, que no propone prácticas religiosas sino una conducta ética ante los grandes problemas —pobreza, justicia, relaciones humanas, violencia y paz—; que la urgencia mayor hoy es una ética de alcance mundial, porque la crisis tiene como causa fundamental la carencia de ética y la codicia de los más poderosos. El sermón de Mateo se dirige a los discípulos con las multitudes escuchando (Mt 5,1; 7,28): su destino universal es una lectura cristiana legítima, pero no equivale a un mínimo ético común sin rostro, que es lo que sugiere la apelación a una "ética mundial" y Jesús ofrece también un proyecto de felicidad, pues la felicidad depende del ser interior y la religiosidad bien integrada es fuente de dicha, paz y sosiego; una apreciación con alcance universal; Jesús es el que de modo eminente realiza la voluntad de Dios.

Reflexión. Cinco movimientos:

El primero presenta el día y las lecturas: una fiesta de alegría en torno a la multitud innumerable que ya goza de Dios y sigue en comunión con nosotros; el Apocalipsis, con la gran asamblea ante el trono; la primera carta de Juan, con la filiación presente y la visión futura; y el evangelio, con las bienaventuranzas como camino de los santos.

El segundo, "Son hermanos nuestros", ensancha la mirada: de los miles del Martirologio, solo algunos tienen culto en el Calendario; hoy se celebra a todos, "los que están en la lista de Dios". Son personas con los mismos oficios, dificultades y tentaciones que nosotros: María, los patronos, los fundadores, los de las cristaleras y, la mayoría, desconocidos con fe sufrida y humilde; entre ellos, seguramente, familiares y conocidos.

El tercero, "El mejor éxito de Cristo", los santos el fruto de la Pascua y una garantía de que el estilo de vida de Jesús es posible. El canto de los salvados es también el nuestro; la visión del Apocalipsis llena "de orgullo y de estímulo"; y los santos no son héroes de otro planeta: vivieron la gran tribulación, poco ayudados por el ambiente, pero "han amado" y "se han esforzado".

El cuarto, "Un regalo del Espíritu" y "Nos señalan el camino", en un mundo con pocas noticias positivas y pocos modelos coherentes los santos son el mejor don del Espíritu a la Iglesia, más valiosos que carismas e instituciones. Merecen más homenajes que quienes reciben premios y medallas, y se recuerda que las numerosas beatificaciones y canonizaciones de Juan Pablo II buscaban que todos pudieran mirarlos como modelos e intercesores más cercanos. Papas y niños, mártires y laicos, reyes y madres, enfermos y doctores muestran que se puede cumplir el evangelio; muchos se santificaron en la vida normal de cada día, y las bienaventuranzas siguen vigentes: humildad, pobreza, apertura a Dios, justicia, pureza de corazón, misericordia, paz, entereza. El prefacio habla de la Jerusalén celeste, "nuestra madre", hacia la que caminamos, peregrinos y alegres.

⁴ *makários* (en griego antiguo *μακάριος*) significa «bienaventurado», «dichoso», «feliz» o «afortunado».

Antigua Grecia: Originalmente se usaba para describir a los dioses (vividos en un estado perfecto, libres de las preocupaciones y el sufrimiento de los mortales) o a los muertos ilustres que gozaban de la bendición divina.

Sentido profundo: No alude a una alegría pasajera o superficial, sino a una condición de plenitud y favor especial.

Nuevo Testamento: Aparece unas 50 veces, destacando especialmente en las **Bienaventuranzas** (Mateo 5), donde Jesús describe la felicidad profunda que proviene de la relación con Dios y no de posesiones o circunstancias materiales.

Derivados: De esta raíz proviene el nombre propio **Macario** / **Macaria** y palabras como macarrón (a través de la noción de banquetes de bienaventurados).

El quinto, "La comunión de los santos", la presenta como una de las verdades más consoladoras de la fe: unión misteriosa entre la Iglesia del cielo y la peregrina. Se expresa en la Eucaristía, en el "Yo confieso", en la oración por los difuntos y, sobre todo, en las Plegarias I, II y III, donde se pide protección "por sus méritos y oraciones" y compartir con ellos la vida eterna.

Algunas distinciones hermenéuticas que conviene mantener

- **Las bienaventuranzas según Mateo.** Mt 5,3-10 habla de los pobres "en el espíritu", los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz y los perseguidos "por causa de la justicia", la octava habla de justicia (la novena, 5,11-12, dice "por mi causa"). Lucas dice "pobres" (Lc 6,20) y Mateo "pobres en el espíritu"; y "justicia" (*dikaiosynē*)⁵ abarca en Mateo la conducta recta ante Dios y la justicia social.
- **Don, promesa y exigencia: ¿proyecto "no religioso"?** Las bienaventuranzas no son "directamente un proyecto religioso" sino ético, y el comentario las llama camino y proyecto. Conviene distinguir. Una bienaventuranza es una declaración de dicha fundada en la acción de Dios: habla del Reino de los cielos, de ver a Dios, de ser llamados hijos de Dios, de ser consolados por él y de sufrir "por mi causa"; el horizonte religioso es explícito, y las exigencias del sermón vienen después (Mt 5,17ss). Ética y religión no se oponen ni se reducen una a otra. Además, el sermón se dirige a los discípulos con las multitudes escuchando (Mt 5,1; 7,28): su destino universal es una lectura cristiana legítima, pero no equivale a un mínimo ético común sin rostro, que es lo que sugiere la apelación a una "ética mundial".
- **Felicidad, sosiego y cruz.** Las bienaventuranzas llaman dichosos precisamente a quienes lloran y son perseguidos: la felicidad que prometen no equivale a tranquilidad psicológica, y la "gran tribulación" de Ap 7 muestra una alegría que atraviesa el sufrimiento y no lo evita. Hay que evitar dos lecturas empobrecedoras: la religión como bienestar y la resignación ("aguanta, en el cielo será mejor"). Las bienaventuranzas no bendicen la pobreza ni la injusticia: declaran el favor de Dios hacia los pobres y llaman a tener hambre de justicia y trabajar por la paz (Mt 5,6.9), en la línea de la opción por los pobres (Evangelii gaudium 197-201; CCE 2443-2449). En vísperas de la conmemoración de los difuntos, además, la promesa de consuelo no niega el duelo.
- **Mérito, esfuerzo y gracia.** Si bien se puede hablar de del "mérito" de una fe sufrida, de que los santos "han amado" y "se han esforzado", del "mejor éxito" y la "mejor victoria" de Cristo y de un "orgullo" que estimula; es lenguaje pastoral legítimo, pero conviene equilibrarlo con lo que dice el propio Apocalipsis: la salvación pertenece a Dios y al Cordero, y las vestiduras son blancas porque se lavaron "en la sangre del Cordero" (7,10.14). La santidad es don antes que logro (Lumen gentium 40) y el mérito, en la doctrina católica, es **fruto de la gracia** (CCE 2006-2011). Más ajustado que "orgullo" sería hablar de gratitud; y el "éxito" de Cristo pasa por la Cruz.
- **Certeza y esperanza sobre los difuntos.** La Iglesia canoniza para declarar con certeza que algunas personas están en el cielo; de los demás tiene esperanza y ora por ellos (CCE 1030-1032), y para eso existe la conmemoración de los fieles difuntos al día siguiente. Al predicar conviene evitar tanto prometer que todo difunto ya es santo como sembrar dudas desoladoras: la actitud adecuada es esperanza confiada y oración, que no se opone a la fiesta de hoy sino que la completa.
- **El 144.000 y el "nuevo Israel".** La lectura simbólica frente a lecturas literales que lo convierten en un cupo; hay que superar esta lectura. Aunque queda una cuestión exegética abierta: si los sellados de las doce tribus (7,4-8, que la lectura litúrgica omite) y la multitud de todas las naciones son una misma realidad vista desde dos ángulos o dos grupos distintos. Conviene no deslizarse hacia una lectura substitutiva ("la Iglesia reemplaza a Israel"): el propio

⁵ *dikaiosynē* (δικαιοσύνη); Proviene de *dikē* (δίκη), que originalmente significaba "costumbre", "orden natural" o "lo que es correcto por ley". Se traduce comúnmente como «justicia» o «rectitud». Es uno de los conceptos más importantes de la filosofía clásica, la ética y la teología bíblica, y su significado abarca tanto la moralidad personal como el orden social.

En el Nuevo Testamento (Contexto Bíblico): Traducida frecuentemente como "justicia" o "rectitud ante Dios". Implica estar en una **relación correcta con Dios** y actuar conforme a su voluntad, combinando la moralidad con la fidelidad y la compasión.

En la Filosofía Griega (Platón y Aristóteles): No era solo aplicar leyes, sino una **virtud cardinal**. Platón la definía en *La República* como el equilibrio perfecto donde cada parte del alma (y cada clase de la sociedad) hace lo que le corresponde. Aristóteles la dividía en justicia distributiva (repartir honores o bienes de forma equitativa) y justicia correctiva (reparar daños).

Apocalipsis, al describir la Jerusalén celeste, une los nombres de las doce tribus en las puertas y los de los doce apóstoles en los cimientos (Ap 21,12-14), y Pablo afirma que los dones de Israel son irrevocables (Rom 11,29).

Para una reflexión movilizadora

Lo más asombroso del Apocalipsis de hoy es una conversión de cifras: Juan oye un número, 144.000, y cuando levanta la vista ve una multitud que nadie puede contar. La aritmética de Dios no es la nuestra, y el comentario lo dice con una frase que merece subrayarse: "nuestra contabilidad no tiene punto de comparación con la de Dios". Los santos que conocemos —los de las imágenes, los patronos, los del Calendario— son la punta visible; el resto, la inmensa mayoría, son madres, enfermos, trabajadores, desconocidos de todos menos de Dios. Esa es la buena noticia de la fiesta: la santidad no es un club de élite ni de héroes de otro planeta; es la vida de gente como nosotros, que ha sido llevada hasta el final.

Pero la multitud tiene una historia, y la historia no es edulcorada: "vienen de la gran tribulación". Sus vestiduras son blancas no porque nunca se mancharán, sino porque fueron lavadas en la sangre del Cordero. La imagen invierte el sentido común: lo que blanquea es la sangre. Nadie queda descalificado por su debilidad —los santos tuvieron "las mismas dificultades y tentaciones que nosotros"—, y nadie queda dispensado: quien espera ver a Dios "se purifica", dice Juan, y la pureza de corazón de la que hablan el salmo y las bienaventuranzas es la forma que toma esa esperanza. La santidad es, a la vez, un regalo y un trabajo de toda la vida, y las dos cosas están dichas en la misma escena.

Las bienaventuranzas son entonces el secreto de la multitud, y su primera palabra es "dichosos". Jesús llama felices a quienes el mundo compadece o ignora: los pobres, los que lloran, los perseguidos. Y no promete sosiego sino alegría dentro de la prueba: "alegraos y regocijaos" (Mt 5,12; en latín, *gaudete et exultate*, el título de la exhortación de Francisco sobre la santidad), dicho a quiénes son insultados. Por eso el *Gaudeamus* del día no es un optimismo ingenuo: es la alegría de los que atravesaron la tribulación. Hay además una simetría que este análisis propone observar: las bienaventuranzas abren el primero de los grandes discursos de Mateo, y el juicio de Mt 25 cierra el último. Los hambrientos y sedientos, los misericordiosos, los pobres y los presos de un texto son los mismos del otro: Cristo declara dichosos a los que luego identificará consigo.

Queda la comunión. Los santos no están lejos: son "hermanos" y "familia", y la Eucaristía es el lugar donde el cielo y la tierra se tocan. Cada domingo la liturgia nos invita a cantar el "Santo, Santo, Santo" con los ángeles y los santos, es decir, a unir nuestra voz a la multitud de la visión de Juan. La intercesión de los santos no es una transacción sino una pertenencia: pedimos lo que se les pide a los hermanos mayores, en el único Mediador. Y mañana, en la conmemoración de los difuntos, esa misma comunión se vuelve oración por los que aún caminan hacia la plenitud. Quizá la mejor pregunta de hoy sea sencilla y movilizadora: **¿de quién soy yo, en la vida diaria, "santo de la puerta de al lado"?**

Ahora ¿qué haremos?

1. Celebrar con gratitud la santidad de todos. dar gracias por los testigos conocidos y anónimos de la propia familia y comunidad, haciendo memoria agradecida de quienes mostraron que el evangelio es posible, sin afirmar de ninguna persona concreta lo que la Iglesia no ha declarado.

2. Asumir la santidad como llamada propia y cotidiana. no reservarla a héroes: examinar cómo vivir la vocación al amor en el trabajo, la familia y la comunidad, como "santo de la puerta de al lado" (cf. *Lumen gentium* 40; *Gaudete et exultate* 6-9).

3. Vivir las bienaventuranzas como camino concreto. elegir cada semana una bienaventuranza —mansedumbre, misericordia, hambre de justicia, trabajo por la paz— y traducirla en una acción, recibéndolas como don y no solo como exigencia, y sin reducirlas ni a ética ni a espiritualidad privada.

4. Perseverar en la tribulación con esperanza purificadora. acompañar a quienes sufren, dejar que la esperanza purifique el corazón (1 Jn 3,3) y rechazar tanto la fe como bienestar como la resignación ante la injusticia, actuando a favor de los pobres.

5. Vivir y explicar la comunión de los santos. recurrir con confianza a la memoria y la intercesión de los santos en la Eucaristía y la oración personal, explicando que se intercede en el único mediador, y rezar al día siguiente por los difuntos con esperanza y sin presunción.